

IBÁÑEZ, T.,  
*Poder y Libertad*,  
Barcelona. Eds. Hora, 1983.

Pocas veces, al acabar la lectura de un libro, queda uno con una eferescencia de pensamientos y con un deseo tan irresistible de confrontar las ideas que en él se han vertido como después de leer *Poder y Libertad*. A medio camino entre el clásico de filosofía social y el tratado de psico-sociología, este libro de Tomás Ibáñez (su tesis doctoral, sostenida en la Universidad Autónoma de Barcelona en 1980) se nos ofrece como un ensayo fascinante, un foro en que se dan citas, ideas y portavoces que confrontan sus visiones del poder.

En la exposición de motivos (ritual de apaciguamiento a que se somete el autor que invade un territorio más o menos roturado), Tomás Ibáñez constata la insuficiencia de los enfoques que se han dado al poder tanto en psicología como en filosofía social. A la manera de una obertura afloran aquí los temas básicos que luego desgranará en el cuerpo de la obra: la insuficiencia del modelo transaccionista (¿No será mejor «transaccional»?) del poder, los obstáculos epistemológicos que se alzan a la hora de describir los nuevos perfiles que adopta hoy el poder y su relación con la libertad. Tomás Ibáñez afirma que pretende «presentar los instrumentos teórico-prácticos que permitan, frente a una determinada relación social, decidir si se trata o no y en qué medida de una relación de poder, de qué tipo y con qué efectos» (p. 11). Quizá el autor acumula aquí excesivo número de ideas, esquemáticamente enunciadas, para lo que se pide en un «pliego de descargos» que es también una declaración de intenciones. Es por ello que el *tempo* expositivo no consigue ese aire pausado que permite al lector asimilar y articular cómodamente los «motivos» que luego aparecerán ricamente orquestados en el cuerpo de la obra. Sí consigue, en cambio, incitarle a entrar a fondo en la cuestión.

Tomás Ibáñez no incurre en la ingenua pretensión de definir lo que

es el poder o la libertad. De la mano, nos acerca al «estado de la cuestión» poniéndonos en contacto con los brillantes pensadores que han reflexionado sobre el tema. Lástima que todo ello se exponga de una manera tan apresurada porque el conocimiento y la agudeza de juicio del autor merecían haberse desplegado en algo más que en una síntesis crítica. En este capítulo, en que Tomás Ibáñez va enhebrando sus comentarios sobre la concepción clásica del poder, queda bien clara la riqueza del «campo semántico» que envuelve este concepto: sanción, control, regulación, obediencia, recursos, estrategias, negociación, conflicto... Ciertamente es ilusorio articular todas estas nociones satélite de forma coherente en torno al concepto central de poder, pero uno echa de menos el esbozo o el intento de esta articulación.

La exposición adopta una factura más profunda y vigorosa en la segunda mitad de la obra (caps. IV y V). No es mi cometido sustituir la lectura de sus páginas por un resumen bien intencionado de lo que allí se dice. Pero quiero resaltar algunas ideas que me han cautivado particularmente. Son además ideas que el autor reitera, por lo que intuyo que son centrales en su pensamiento. El poder ya no tiene rostro, ni perfil, ni configuración sino que impregna el tejido de las relaciones humanas. En nuestra era tecnológica lo que prevalece no es tanto el acto de sumisión cuanto el sentimiento de impotencia, porque la cadena de relaciones causales que nos alcanza se extiende indefinidamente hacia atrás (o hacia arriba) y sus efectos moldean nuestra existencia. (¿Qué hacer si la Administración sube los precios de la energía o de los sistemas de comunicación, si construye cerca de nuestra morada una central atómica o una fábrica que poluciona...?) Particularmente sutiles son las reflexiones de Tomás Ibáñez en torno al triángulo poder-saber-verdad; una dramática conclusión que saca el autor de ellas es que las alternativas de elección del actor social están ya trucadas, pues se dan como auténticas *sólo* las que prescribe quien detenta el saber.

Dos son los autores, franceses ambos, cuya sombra inspiradora se cierne constantemente sobre las páginas de *Poder y Libertad*: Michel Foucault y Robert Pagès. El diálogo que Tomás Ibáñez establece con ellos es persistente y fecundo. Sus comentarios sobre la «microanalítica del poder» o los «sistemas d'emprise» desvelan una intensa familiaridad con estos autores y una profunda identificación de miras. Por último, no podía faltar un enfoque pormenorizado sobre el poder político, y aquí son los antropólogos, particularmente Clastres, quienes deparan a Tomás Ibáñez la trama de sus postreras reflexiones.

*Poder y Libertad* es un libro de excelente factura intelectual no sólo por sus logros sino incluso por las lagunas que presenta y que se me an-

tojan como otros tantos incentivos para una reflexión que busca colmarlas. Hay una que particularmente quisiera comentar y que me parece notoria. Es el escaso peso que, a fin de cuentas, se hace del concepto de libertad frente a la exhuberante elaboración a que se somete el del poder. Tomás Ibáñez nos asegura desde el principio (p. 14) que la reflexión sobre el poder es inseparable de la reflexión sobre la libertad, que las dificultades con que tropieza la primera pueden paliarse cuando se articulan poder y libertad. También afirma que conjugar poder y libertad permite desplazar el análisis del «polo dominante» de la relación de poder al «polo dominado» (los efectos opresivos). De la lectura de estos párrafos parece sin embargo desprenderse una definición de libertad en términos de poder: «Ejercer el poder sobre alguien es afectar el poder de esa persona (...) es incidir sobre la libertad del otro.» Mucho me temo que estamos, al menos en apariencia, rozando la circularidad y que quizá hubiera habido que aproximarse a la noción de libertad por una línea más psicológica, la de la actividad teleonómica transformadora del entorno (comportamiento, a fin de cuentas) y tratar luego de ver la colisión que se produce entre ésta y los «determinismos» o condicionantes que engendra la inserción del individuo en el tejido social, todo él embebido de relaciones de poder.

Dos notas para finalizar. El libro va precedido de un extraordinario prefacio escrito por Robert Pagès (con quien Tomás Ibáñez ha colaborado muchos años en París, antes de trasladarse a España) y que el destinatario (el autor del libro) muy acertadamente ha reproducido en la lengua que ha sido escrito. Toda la brillantez y la profundidad de que hace gala el «esprit» francés queda plasmado en este extenso preludio. Robert Pagès es, además, uno de los maestros de Tomás Ibáñez y la compenetración y la amistad mutua dan a sus palabras un tono humano y una inspiración empática que hace del prefacio una pequeña obra maestra, en todos los sentidos. El escrito de Pagès puede leerse antes pero sobre todo hay que leerlo después del libro de Ibáñez. Quizá así aparece mejor el contrapunto armonioso que consiguen este dúo de maestro y discípulo entretejiendo sus «variaciones» sobre el tema del poder. La segunda nota es a propósito de las erratas y defectos formales tan difíciles de evitar en toda obra impresa. La formación francesa de Tomás Ibáñez, que está bien patente en la «estructura de su discurso», le ha jugado más de una mala pasada en el dominio de la expresión castellana. Hubiera sido imprescindible revisar las incorrecciones del léxico que forzosamente comete quien piensa al modo francés y se siente como pez en el agua expresándose en dicha lengua. Este trabajo, que en último término compete a la editorial, lamentablemente se ha omitido. La obra no pierde su valor intrínseco, eviden-

temente, pero hubiera salido muy mejorada. Esperamos que en ediciones posteriores se remedie. Más aún, sugeriríamos una edición «corregida y aumentada» que incorpore las ideas que el autor está elaborando actualmente en sus cursos de doctorado en la Universidad Autónoma y en la que vierta su pensamiento más maduro, al margen de premuras de curriculum y de regateos editoriales.

ADOLFO PERINAT